

ve si le cupo una parte harta gloriosa en esa inmortal campaña.

Quedaba, pues, realizado el plan de Napoleón. Se estaba en el 20 de octubre, y en el transcurso de veinte días, sin una batalla formal, sólo marchando y acometiendo tal cual refriega, se había logrado la destrucción de un ejército de ochenta mil combatientes, porque no otra cosa quedaba de él sino los once ó doce mil hombres con que escapó el general Kienmayer, cinco ó seis mil que siguieron al general Jellachich, y los dos ó tres mil caballos que acompañaron al archiduque Fernando. El número de prisioneros hechos en Wertingen, en Gunzburgo, en Heschach, en Munich, en Elchingen, en Meningen, y por Murat en su gloriosa persecución, ascendía á treinta mil (1), y luego otros treinta mil que nos esperaban cerrados en Ulm, ó sean sesenta mil los que le habíamos quitado con toda su artillería, compuesta de doscientas piezas, cuatro ó cinco mil caballos, harta útiles para la remonta de nuestra caballería, todo su material y por fin ochenta banderas.

En cambio el ejército francés no contaba más pérdidas que un millar de hombres estropeados por consecuencia de las marchas forzadas, y cuando mucho otros dos mil perdidos en el campo de batalla.

Seguro ya Napoleón de que sin cuidado podía estar en cuanto á los rusos, no le pesó el haber de detenerse ante los muros de Ulm durante cuatro ó cinco días, en los cuales se les procuraba algún descanso á sus tropas, quedando también tiempo para que pudieran incorporarse en sus filas los soldados rezagados en las marchas que con tanta celeridad se habían cumplido algunos días antes. Nuestro emperador, decían todos ellos, ha descubierto un sistema de guerra enteramente nuevo. Antes la hacía con nuestros brazos, ahora ya no quiere hacerla sino con nuestras piernas.

Sin embargo, mal hallado con gastar el tiempo que le parecía precioso, se resolvió á ganar los tres ó cuatro días de tregua que le restaban á Mack en virtud de su capitulación, y para conseguirlo no encontró mejor medio que el de atraer á su cuartel general aquel desventurado jefe, de quien obtuvo una nueva concesión, la de entregar la plaza el 20 con tal de que Ney no se había de apartar de las cercas de Ulm hasta el 25. Mack creía satisfacer á todos sus deberes paralizándolo por espacio de ocho días; verdad es que en situación tan estrecha muy poco ó nada podía hacer ese general, y forzoso fué resolverse á entregar la plaza al día siguiente.

En efecto, el 20 de octubre de 1805, día para siempre memorable, todo el ejército austriaco desfiló delante de Napoleón, colocado al pie de la cuesta de Michels-

(1) He aquí la nota aproximativa, pecando más de reducida que de exagerada.

Prisioneros de Wertingen . . .	2,000
Gunzburgo . . .	2,000
Heschach . . .	4,000
Munich . . .	1,000
Elchingen . . .	3,000
Meningen . . .	5,000
Por Murat . . .	12 á 13,000

TOTAL . . . 29 ó 30.000

(N. del A.)

berg y dando frente á Ulm. Ocupaba el emperador una como escarpa algo elevada, teniendo su infantería á la espalda formada en semicírculo sobre la vertiente de los montes, y delante toda su caballería en una línea recta; y por medio de esa especie de anfiteatro desfilaban los austriacos, deponiendo en él sus armas. Napoleón se mantenía al lado de una famosa hoguera preparada de antemano, y allí fué á entregarle su espada el general Mack, que exclamó con el corazón traspasado de dolor: «¡Aquí tenéis al desdichado Mack!» Le recibió el emperador, tanto á él como á toda su oficialidad, con la más fina atención, haciendo que todos quedaran á su lado; pero los soldados austriacos rendían sus armas con un sentimiento sobrado honroso para ellos, y del cual no acertaban á curarse hasta que puestos en presencia de Napoleón se despertaba en todos la curiosidad de mirar y admirar como pasmados al tremendo vencedor que después de diez años no hacía sino inscribir afrentas y más afrentas en el campo de sus estandartes.

Dirigiéndose después Napoleón á los oficiales austriacos, les dijo con voz que de todos pudo ser entendida: «No sé ciertamente por cuál razón nos hacemos la guerra. Ni yo la quería, ni en otra cosa pensaba sino en hacérsela á los ingleses, cuando vuestro soberano ha salido provocándome. Ahí estáis viendo lo que es mi ejército; tengo en Alemania doscientos mil soldados, y con otros doscientos mil que vienen al socorro de éstos, se encontrarán en el camino de Francia vuestros prisioneros. Demasiado os consta que para alcanzar la victoria no tengo yo menester de tantas fuerzas, y lo que á vuestro soberano le importa es pensar en la paz, porque si no, acaso no ande lejos la ruina de la casa de Lorena. No ambiciono la posesión de nuevos Estados en el continente, no; lo que yo quiero son navíos, colonias, comercio, y este querer tan provechoso es para vosotros como para mí mismo.» Esas palabras, pronunciadas con cierta altivez, fueron oídas por la oficialidad austriaca entre el más profundo silencio y el doloroso escozor de tener que reconocer cuán fundadas eran. En seguida se puso el emperador á conversar con los generales austriacos de más nombre, hasta el fin de aquel tan extraordinario espectáculo que duró cinco horas, durante las cuales desfilaron veintisiete mil hombres rendidos, sin contar otros tres ó cuatro mil heridos que habían quedado dentro de la plaza.

Al día siguiente ya salió, según su costumbre, hablando á sus tropas en una proclama, cuyo contenido fué:

Cuartel general imperial de Elchingen
29 vendimiario año XIV (21 de octubre de 1805).

«SOLDADOS DEL GRANDE EJÉRCITO (2):

«En quince días hemos acabado una campaña; hecho queda lo que nos propusimos (*hacer*); hemos ahuyentado de la Baviera las tropas de la casa de Austria y restablecido á nuestro aliado en la soberanía de sus Estados. Ese ejército que con tanto aparato cuanta fué su imprudencia vino á establecerse á orillas de nuestras fronteras, deshecho queda ya; pero ¿y qué le importa á

(2) Entre paréntesis y en bastardilla notaremos las palabras ó frases que se apartan del texto original, por más que poco ó nada se altere su sentido en el que Thiers nos da. (N. del T.)

la Inglaterra?.. Ella ha conseguido su objeto, el alejarnos de Boloña... (*sin que por eso sean sus sacrificios pecuniarios ni de mayor ni de menor cuantía*).

«De los cien mil hombre que componían ese ejército, sesenta mil son los prisioneros que irán (*van*) á llenar el vacío resultante en nuestros campos por ausencia de nuestros quintos; doscientos cañones (*todo el parque*), noventa banderas, todos sus generales han caído en nuestro poder, y de tantas tropas solos quince mil hombres se han salvado. Soldados: os tenía anunciada una batalla famosa, pero merced á las desacertadas combinaciones del enemigo, sin aventurar cosa alguna he venido á obtener el triunfo, y un triunfo pasmoso, sin ejemplo en la historia de las naciones, pues que no nos cuesta sino algunos mil quinientos hombres puestos fuera de juego.

«Soldados: ese triunfo es debido á la entera confianza que todos tenéis en vuestro emperador, á vuestra constancia en sobrellevar todo género de fatigas y de privaciones, á vuestra rara intrepidez.

«Pero no nos detendremos ahí. Con impaciencia esperáis el principio de otra nueva campaña contra ese ejército ruso que el oro inglés arrastra desde lo más remoto del universo; pues corramos á hacer que experimente la misma suerte (*que el austriaco*).

«En esta nueva lid (*en esta empresa*) está especialmente interesado el honor de la infantería (*francesa*), porque en ella se va á resolver por segunda vez esa cuestión ya aclarada en Suiza y en Holanda, de si la infantería francesa es la segunda ó la primera de toda la Europa. Allí no concurren capitanes contra los cuales yo pudiera medirme con gloria; no me dedicaré, pues, sino á cuidar de alcanzar la victoria con cuanto ahorro de vuestra sangre fuere posible, porque mis soldados son mis hijos.»

Al día siguiente á aquel en que Ulm se rindió, Napoleón salió para Augsburgo con ánimo de ponerse en el Inn antes que los rusos, marchar después contra Viena, y, como lo tenía proyectado, desconcertar del todo el plan de los cuatro ataques que se dirigían contra el imperio sin más que caminar con todas sus tropas sobre la capital del Austria.

¿Y no es verdaderamente doloroso el que tras la narración de hechos tan brillantes, nos sea preciso entrar con la de otros de fatal memoria? En esos mismos días del mes de octubre de 1805, días de tanta gloria para la Francia, la Providencia descargaba sobre nuestras armadas un cruel desquite de los triunfos de nuestras tropas de tierra. La historia, cuyo deber consiste en contar las glorias y los descalabros de las naciones, transmitiendo á la posteridad curiosa las mismas impresiones de júbilo ó de llanto que experimentaron en sus días las generaciones cuya vida escribe, la historia tiene que resignarse á poner al lado de los prodigios de Ulm, la horrorosa escena de destrucción que en aquella misma época tenía por teatro el litoral de España dando vista al cabo de Trafalgar.

Cuando el malhadado Villeneuve salió del Ferrol; nada apetecía tanto como dar vela para la Mancha para responder cumplidamente á los vastos planes de Napoleón; pero un impulso irresistible le arrastraba hacia Cádiz. La noticia de que Nelson se había incorporado con los almirantes Calder y Cornwallis, le había como

aterrado; noticia cierta en lo que mira á Nelson y su regreso á la Inglaterra, pero falsa enteramente en cuanto á que ese almirante hubiese visitado en Brest á Cornwallis, cuando ni siquiera se detuvo en ese puerto siguiendo su rumbo hacia Portsmouth. El almirante Calder fué el solo que los ingleses despacharon para el Ferrol, á cuyo punto no asomó hasta después que Villeneuve le había abandonado. En vano, pues, se perseguían unos á otros, que así sucede con frecuencia en el vasto espacio de los mares, y si Villeneuve hubiese persistido en su propósito, en las aguas de Brest habría encontrado á Cornwallis sin tener con él ni á Nelson ni á Calder. Malogró por lo mismo una de las mejores ocasiones é hizo que se malograra para la Francia, sin que por eso pueda decirse cuál éxito hubiera podido tener aquella extraordinaria empresa, suponiendo á Napoleón á las puertas de Londres y á los ejércitos austriacos cubriendo las fronteras del Rhin. Veloz de ordinario como el mismo pensamiento para acometer y acabar todas sus empresas, precisamente hubiésemos visto entonces si con cuarenta días contados, desde el 20 de agosto hasta el 30 de septiembre, había tiempo bastante para subyugar á la Inglaterra y dar á la Francia los dos cetros reunidos, el de la tierra y el de los mares.

Cuando Villeneuve salió del Ferrol, no se atrevió á decir al general Lauristón que pasaba á Cádiz; pero luego que se encontró mar adentro, ya le confió abiertamente todos sus recelos y temores, poniéndolos por causa para que en lugar de navegar hacia el canal de la Mancha, guiase á la parte extrema de la península. Como Lauristón le arguyera representándole el grave compromiso en que, por culpa suya, iban á desbaratarse unos designios de consecuencias tan grandiosas, volvió á caer de nuevo en la idea de navegar hacia el canal de la Mancha, y aun llegó á volver la proa al Nordeste; mas como el viento la sacudiera de cara, cortándole así aquel rumbo, definitivamente se resolvió marchar para Cádiz, aunque ya con otro nuevo pesar, el de haber de incurrir en la desgracia de Napoleón. El 20 de agosto dió vista á Cádiz, puerto que un crucero inglés no muy considerable solía tener bloqueado, y al que Villeneuve hubiera podido apresarse si de repente le acometiera con todas sus fuerzas reunidas, puesto que iba al frente de las escuadras combinadas; pero no acertando á sacudir sus recelos, tomó el partido de despachar una vanguardia para que reconociera si había ó no en las aguas de Cádiz una fuerza naval capaz de presentarse en batalla, que fué lo mismo que avisar al crucero inglés para que huyese de aquellos parajes, como en efecto lo hizo sin estorbo. También el almirante Ganteaume malogró su expedición de Egipto en 1801; pero al menos apresó el *Swiftsure*, siendo así que Villeneuve ni aun tuvo la pobre satisfacción de entrar en Cádiz con dos ó tres navíos ingleses prisioneros como en desquite de su inútil campaña.

En un continuo y doloroso tormento pasaba los días Villeneuve, esperando, como era natural, el terrible enojo con que Napoleón iba á condenar su conducta. No se engañaba. En cuanto el emperador recibió el relato que de todo lo ocurrido le hizo su edecán Lauristón, no quiso ver otra cosa en el lenguaje de aquel almirante al salir del Ferrol y después mar adentro sino doblez y solapa, y una traición en no haber avisado á

Lallemand el retorno de la armada á Cádiz, exponiéndole así á presentarse solo y sin apoyo al frente de Brest. Por Villeneuve se había malogrado también, en sentir de Napoleón, el proyecto más grandioso que su imaginación concibiera nunca, y por consiguiente, le calificó en presencia del ministro Decrés con los dictados más ignominiosos, llegando hasta decir que era un cobarde, un traidor. No, no era traidor ni cobarde el desgraciado Villeneuve, antes bien un excelente militar y un honrado ciudadano; pero hartó desalentado en vista de la inexperiencia de la marina francesa y la imperfección de su material; aterrado además ante la completa desorganización de la marina española (1), derrotas y nada más que derrotas se prometía en cuantos lances fuera á empuñarse con el enemigo, desesperándole el recuerdo de que Napoleón le había puesto allí nada más que para ser vencido. Sí, en efecto; un poco mejor debió haber comprendido que Napoleón no le pedía triunfos, sino que se dejara hacer pedazos con tal que quedase abierto el paso del canal de la Mancha; ó si acaso llegó á comprender que tal era su terrible destino, no supo seguirle con resignación. En breve veremos que al cabo va á parar en el mismo sacrificio, y eso sin consecuencias capaces de dar ningún lustre á su derrota.

Entre tantas y tan grandes cosas como revolvió Napoleón en su mente, no tardó en borrarse el recuerdo y hasta la conducta del almirante Villeneuve. Sin embargo, antes de partir para las márgenes del Danubio volvió el emperador á acordarse de su marina, acudiéndola con cuantas disposiciones juzgó convenientes para el desempeño de la misión que quería encomendarla. Ordenó, pues, apartar de Brest la armada y desmembrarla, formando con sus fuerzas varios cruceros según el plan de Decrés (2), que consistía en evitar los grandes combates navales mientras se amaestraba nuestra marina, ocupándola en expediciones á parajes remotos, compuestas todas ellas de un corto número de bajeles, que, sobre ir casi seguros de que habían de burlar la vigilancia de los ingleses, podrían causarles no pocos perjuicios en su comercio, procurando al mismo tiempo á nuestra marinería la instrucción de que había menester. Pensó además en reforzar las pocas tropas con que el general Saint-Cyr ocupaba á Tarento, enviándole las que estaban á bordo en la escuadra de Cádiz. Calculaba que esta escuadra, compuesta de unas cuarenta velas, y por mejor decir de cuarenta y seis una vez que se le incorporara la división de Cartagena, debía dominar durante algún tiempo el Mediterráneo como en otro tiempo lo había hecho la de Bruix, apresar el débil crucero inglés apostado delante de Nápoles, y poner á la disposición de Saint-Cyr el útil socorro de los cuatro mil soldados que acababa de transportar atravesando

(1) La marina española de aquel tiempo probó mejor organización, más saber, mayor heroicidad que la que descubrió ese almirante Villeneuve, por más que venga disculpándole el señor Thiers, contra cuyo sentir pondremos en su lugar el del mismo Napoleón. (N. del T.)

(2) Ministro, como ya dijimos, con más de cortesano que de marino y causa única de que la Inglaterra recogiera en Trafalgar los laureles que la disputaron con heroísmo tanto nuestros Gravina, Churrua, Alcalá Galiano, Moyna, Alava, Gardoqui y otros valientes... Ministro de lo más inepto en aquel ramo, y que sacrificó el pabellón de su patria y el de la España al triste empeño de proteger á su amigo Villeneuve. (N. del T.)

todos los mares. Diósele por consiguiente la orden de que saliese de Cádiz, entrando en el Mediterráneo y recogiendo la división de Cartagena para trasladarse después á Tarento, encomendándole que si las escuadras inglesas se encontrasen reunidas al frente de Cádiz, de ningún modo se dejase acorralar en aquella bahía, antes saliese de ella si se reconocía con fuerzas más numerosas, siendo menos malo el quedar vencido que no deshonorado por falta de valor.

Todas esas disposiciones que el emperador determinó bajo la impresión que había labrado en su ánimo la timidez de Villeneuve, disposiciones no bastante duras, y sobre todo mal combatidas por el ministro Decrés, que no osaba decir lo que le parecía haber dicho con demasiada frecuencia, todas fueron transmitidas á Cádiz.

Decrés no comunicó á Villeneuve las expresiones de que se había servido Napoleón; solamente le dijo que el emperador estaba muy sentido de la conducta que había observado desde su salida de Tolón hasta su regreso á España, y que para volver á entrar en su gracia había menester hacer obras dignas de reparo. Comunicóle, pues, su nueva misión, ordenándole que se hiciera á la vela, aportando en Cartagena, en Nápoles y en Tarento hasta dejar cumplidas las instrucciones que acabamos de indicar. No le dijo que á toda costa y riesgo saliese de Cádiz, solamente le hizo entender que lo que el emperador quería era que la marina francesa no rehusara nunca el combate con tal de reconocerse con fuerzas superiores á la inglesa. En ese círculo se encerró sin querer declarar á Villeneuve toda la verdad, ni instar de nuevo con Napoleón para impedir un combate naval, que no tenía entonces ni aun el pretexto de la necesidad. De modo que cada cual parecía cargar con su parte de culpa en una terrible catástrofe, Napoleón con su enojo, Decrés con sus reticencias y Villeneuve con su despecho.

Y cuando ya iba Napoleón á salir para Strasburgo, todavía le dictó á Decrés otra medida relativa á las operaciones marítimas. «Vuestro amigo Villeneuve, le dijo, será probablemente hartó cobarde para no osar salir de Cádiz. Disponed que el almirante Rosily marche inmediatamente á encargarse del mando de la escuadra y ordenad á Villeneuve que venga á París á dar-me cuenta de su conducta (3).» Sin fuerzas se sintió Decrés para participar á Villeneuve esa desgracia, que iba á privarle de todo género de medios con que poder rehabilitarse, y no quiso decirle otra cosa sino que allá pasaba el almirante Rosily, sin indicarle el objeto, sin aconsejarle tampoco que se hiciera á la vela antes que Rosily llegara á Cádiz, aunque prometiéndose que así lo haría Villeneuve. Estrechado entre la desgracia de un amigo, cuyas faltas no desconocía, y la voluntad del emperador, siempre en su sentir irreflexiva, con demasiada frecuencia incurrió en el desacierto de fiar las cosas al acaso, cuando más importaba dirigir las bajo su propia responsabilidad (4).

(3) Si Decrés hubiese sido más puntual en el cumplimiento de esa orden, probablemente no se habría derramado en Trafalgar la sangre preciosa de nuestros ilustres marineros. (N. del T.)

(4) Todo, hasta hoy, han sido conjeturas acerca de las causas que motivaron la salida en masa de las escuadras combinadas de Cádiz, y de la batalla de Trafalgar. No hay en parte alguna ver-

En cuanto Villeneuve leyó las comunicaciones de Decrés, comprendió hasta aquello mismo que no se le decía, sintiendo un pesar extremo en verse el blanco de tan duras reconvenciones; pero lo que le humillaba más que todo era el que se le tuviera por cobarde, porque esa calificación creyó ver envuelta en las reticencias del ministro, su amigo y su protector, más que estuviera bien persuadido de que no podía aplicársele con justicia. He aquí cómo respondió á Decrés: «Para que los marineros de París y los de los departamentos me desuelen, menester es que sean hombres muy bajos ó que hayan perdido el juicio, y lo que hicieran con eso fuera llamar sobre sí mismos la reprobación que habría de alcanzarles con el tiempo. Que vengan á bordo de las escuadras y verán por sus propios ojos cuáles son los elementos con que es preciso combatir. Por lo demás, si á la marina francesa no le falta sino el arresto (1), como se quiere suponer, que cuente el emperador con que en breve se le dejará satisfecho sin que escaseen las proezas.»

En esas tan amargas palabras iba envuelto el pronóstico de lo que en breve había de suceder. Villeneuve tomó sus disposiciones para echarse otra vez á la mar, y comenzó por poner en tierra todas sus tropas, para que refrescaran sus fuerzas y atender mejor á la curación de los enfermos. Echó mano de los muy pobres recursos de la España para reparar los estragos que una larga navegación había labrado en algunos bajeles; recoger mantenimiento cuando menos para tres meses, y por fin reorganizar las distintas partes de que su armada se componía. También el almirante Gravina se deshizo de los malos buques que consigo tenía, como se lo aconsejó Villeneuve (2), cambiándolos por los mejores que había en el astillero de Cádiz. En el arreglo de todas esas disposiciones se gastó el mes de septiembre, mejorándose muy mucho el material de la armada aun cuan-

dad sino en lo que aquí relatamos con pleno conocimiento de la correspondencia auténtica de Napoleón, de los almirantes Decrés y Villeneuve. En estos desastrosos acontecimientos no hubo más ni menos que lo que vamos á referir. (N. del A.)

Al fin de este libro XXII pondremos algunas cartas de Napoleón, todas ellas relativas á las operaciones marítimas de aquella época; y su contexto no dejará de debilitar esa verdad en que Thiers confía tanto. Por ahora no queremos decir sino que el historiador francés rebaja demasiado los esfuerzos que nuestra patria hizo en aquella ocasión, que abulta en igual demasía las cualidades de su almirante Villeneuve, y por último que está en contradicción con lo que de aquellas ocurrencias refiere el príncipe de la Paz; y no hay razón ninguna para desconfiar de un hombre que entonces dirigía el poder en España, que recibía del mismo Gravina partes exactos de todo cuanto pensaba y hacía Villeneuve, que ha escrito al pie del sepulcro, corrigiendo en no pocos casos la historia de aquellos años, y que en fin ha sabido tributar á la España de entonces el justo elogio debido á sus sacrificios, cosa que el señor Thiers no ha querido imitar, cuidadoso siempre de que lo bueno, lo entendido, lo valiente y lo digno de alabanza no sea sino francés, siempre francés. ¿Quiere que le digamos que si Villeneuve no se hubiera negado á perseguir á Calder en la noche del 23 al 24 de julio, hubiesen quedado en poder de nuestras escuadras veinte velas inglesas? (N. del T.)

(1) El *Monitor* francés no dijo entonces sino que á la marina francesa le faltaba un hombre de carácter atrevido y de mucha presencia de ánimo. Y eso es lo que Villeneuve leyó en Cádiz, y lo que le hizo de repente resuelto y temerario. (N. del T.)

(2) Y puede ser que sin ese consejero todavía atropellara Gravina con sus malos buques como hombre incapaz de distinguir entre lo que le servía y lo sano que su gobierno tenía en Cádiz á toda su disposición... ¡Qué delirio!... ¡Qué francesada tan necia!... (N. del T.)

do nada adelantara en lo personal. Las dotaciones francesas no habían dejado de amaestrarse en los ocho meses que ya llevaban de navegación; llenas estaban de ardor y de apego al honor de su bandera, y algunos de sus capitanes eran excelentes; pero había otros muchos que carecían de los conocimientos y del espíritu de la marina militar, por no haber servido hasta entonces sino en la mercante, donde se les acababa de reclutar. Sobrado descuidada andaba la instrucción, sobre todo en el arma de artillería. No eran en aquel tiempo nuestros marineros artilleros tan diestros como al cabo han venido á hacerse, merced al exquisito celo con que se ha atendido á ese ramo de su educación militar, y desconocían también un sistema de táctica naval ajustado al nuevo método con que los ingleses emprendían sus ataques.

Usábase antiguamente formarse en batalla con dos líneas opuestas, avanzar metódicamente guardando cada cual su lugar y acometer contra el buque que el adversario presentaba frente á frente; pero los ingleses mandados por Rodney en la guerra de América y los que Nelson dirigió en la de la revolución, se habían acostumbrado á acometer denodadamente, sin guardar más orden que el que resultara de la mayor ó menor ligereza de las naves, arrojarse sobre la armada enemiga, cortarla, desunirla para poder cogerla entre dos fuegos, sin hacer ningún caso de la confusión á que ese método pudiera dar lugar, ni del riesgo á que se exponían disparando unos contra otros. La experiencia, la habilidad de sus tripulaciones, la confianza que ellas debían á sus ensayos les hacía en esas temerarias empresas muy superiores á sus enemigos, menos ágiles, menos seguros de sí mismos, aunque tan valientes como ellos y muchas veces más. Los ingleses, pues, habían cumplido en los mares una revolución semejante á la que Napoleón acababa de cumplir en el continente. Nelson, que tanta parte tuvo en esa reforma, no era un genio privilegiado y universal como Napoleón, nada de eso, antes eran muy cortos sus alcances en todo cuanto no dijera relación con su arte; pero en éste, hombre consumado, lleno de penetración, de arrojo y soberanamente dotado de las prendas que se requieren para la guerra ofensiva, la actividad, el arrojo y el tino.

Villeneuve, que con todo su talento y su valor carecía de esa entereza de carácter tan necesaria á un jefe de armada, no desconocía lo imperfecto de nuestro sistema de ataque, y sobre ese punto había dirigido á Decrés observaciones muy sensatas, mereciendo la entera aprobación de ese ministro, no menos que la de todos los peritos en la marina; pero le pareció cosa imposible el arreglo en campaña de una nueva escuela, familiarizando á sus subalternos con sus reglas para que pudiesen practicarlas en el primer lance. Con todo, en la batalla del Ferrol opuso á los ingleses una maniobra sorprendente, y que fué muy del gusto de Napoleón (3)

(3) Con la aprobación del último sin duda pudo contar aún antes de la virada en redondo, cubriendo Gravina la retaguardia y rompiendo el fuego desde el *Argonauta* contra la vanguardia inglesa; pero cómo Napoleón la recibiera, de lo siguiente se puede inferir. «Campo imperial de Bolonia, 11 de agosto de 1805. — Señor Decrés: Ahí os remito los pliegos que me han llegado por un correo que yo he encontrado en el camino. Por ellos veréis que las escuadras han aportado á la Coruña; Lauristón me dice que se está en seguir adelante; que los capitanes y marineros son perfectos;

y de Decrés, como se ha podido ver más atrás. Girando Cálder en columna sobre la retaguardia de la línea con ánimo de envolverla, tuvo el arte de ampararla por medio de un movimiento sumamente rápido; sólo que una vez empeñado el combate, ya no acertó con la maniobra, mantuvo en la inacción una parte de sus fuerzas, y cuando con sólo adelantar un poco más su línea hubiera podido salvar dos naves españolas ya desmanteladas (1), ni aun eso se atrevió á ejecutar (2). Sin embargo, en sentir de Napoleón, un verdadero talento se mostró Villeneuve en esa batalla, pero escaso del carácter que á ese talento convenía. En seguida, la única instrucción que comunicó á sus subalternos fué que siguieran puntualmente todas cuantas señales les transmitiera al entrar en acción, siempre que el estado de los vientos permitiese la maniobra, y cuando no, se esforzasen cuanto pudiesen para concurrir á la lid y medirse cada cual con su adversario. «No conviene estar atentos, decía él, á las señales del almirante, que en medio de la confusión de una batalla naval ocurren ocasiones en las cuales no puede descubrir lo que pasa, ni por consiguiente ordenar el remedio, ni comunicárselo á los demás. En casos tales nadie debe escuchar sino el grito del honor, corriendo á ponerse allí donde mayor parezca el peligro. TODO CAPITÁN QUE PRESENTA SU PECHO Á LAS BALAS, EN SU VERDADERO LUGAR SE ENCUENTRA.» Tales fueron sus instrucciones, las mismas al cabo que en otro tiempo había dirigido á sus oficiales el almirante Bruix, tan superior á Villeneuve; y si á todas nuestras acciones navales cada capitán hubiese concurrido practicando esas simples prevenciones, hijas del honor y de la experiencia, menos triunfos contarán los ingleses y mucho más caros los habrían comprado.

Lo que más que todo mortificaba al ánimo de Villeneuve era el estado de la armada española (3). Componiase de naves admirables, grandiosas, particularmente la *Santísima Trinidad*, de ciento cuarenta cañones, la mayor que se conocía en toda la Europa; pero esas máquinas de guerra de tanta magnitud, que así recordaban el antiguo esplendor de la monarquía castellana bajo Carlos III, eran como los bajeles turcos, si magníficas en apariencia, de ninguna utilidad en el día del peligro. Tan pobres estaban los arsenales de la España que ni aun siquiera dieron para poder aparejar aquellas naves cual convenía, poniendo además en ellas dotaciones de una escasez lastimosa. Allí se hizo un hacinamiento de toda casta de pájaros, gentes cogidas á bulto en todos los pueblos marítimos de la península, sin instrucción

que Villeneuve, no obstante sus conocimientos, es muy tarde en sus resoluciones; que si él hubiese cumplido la evolución que vos dectis, á salvo sacara los buques españoles, apoderándose además de los que los ingleses llevaban ya desmantelados y ganando un triunfo completo; que Gravina, al contrario, es en el combate un genio, la misma decisión en persona. Si en Villeneuve hubiesen existido esas cualidades, el éxito hubiera sido de los más brillantes. — NAPOLEÓN. » (N. del T.)

(1) El *San Rafael* y el *Firme*.

(2) Como ni se atrevió á ir contra Cochrane á la Barbada, ni contra Nelson, á pesar de las instancias de sus capitanes y de los españoles, que se prometían abatir el orgullo inglés. (N. del T.)

(3) Si hasta se le va haciendo tarde á Thiers para culparnos enteramente de la derrota, aunque todos los historiadores del siglo presente hayan dicho, probado y comprobado que la España enseñó entonces acierto, energía, talento, heroísmo sin par, mientras que á la Francia le faltó más de una de esas cosas. (N. del T.)

ninguna, sin saber lo que era el mar, é incapaces bajo todos conceptos de medirse con los veteranos de la marina inglesa, bien que en todos ellos hirviese la generosa sangre castellana. Y no se crea que los oficiales valieran más que la marinería. Con todo, algunos de entre ellos, como el almirante Gravina, Galiano, dignos eran de los más hermosos tiempos de la marina española (4).

Decidido Villeneuve á probar que no merecía el dictado de cobarde, el mes de septiembre y los primeros días del de octubre tuvo que emplear para escoger y traer á un cierto orden las partes de la amalgama de las dos marinas. Formó dos escuadras: una de batalla y otra de reserva, guardando para sí el mando de la primera, que se componía de veintitún bajeles, y la distribuyó en tres divisiones de á siete cada una. Tenía á sus inmediatas órdenes la división del centro; el almirante Duma noir, cuyo pabellón iba enarbolado en el *Formidable*, mandaba la división de retaguardia, y el vicealmirante Alava la vanguardia, con su enseña tremolada en el *Santa Ana*. La escuadra de reserva contaba doce velas, en dos divisiones de seis cada una, siendo jefe de ella el almirante Gravina con el contraalmirante Magón, que iba en el *Algeciras* y mandaba la segunda de esas dos divisiones. Con esta escuadra de reserva separada del cuerpo de batalla y obrando por sí sola, quería Villeneuve responder á las imprevistas evoluciones del enemigo, con tal de que los vientos le permitiesen á él mismo la maniobra; porque de lo contrario, todo lo fiaba al punto de honra encomendado á sus capitanes, para que denodados ofreciesen el pecho á las balas enemigas. En una palabra, treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos bergantines componían las escuadras combinadas. Esperaba Villeneuve el instante de poder darse á la vela con tanta impaciencia, que el 8 de octubre (16 vendimiario) quiso salir del puerto de Cádiz á favor de un viento de Este, pues para salvarle es menester que sople de Nordeste al Sudoeste; pero el *Santa Ana*, el *Rayo* y el *San Justo*, tres buques españoles tripulados desde la víspera, acababan de dejar el fondeadero para servir de parada cuando más á la escuadra, siendo sus oficiales los primeros que hicieron se reparase la imposibilidad de cumplir su servicio en una línea de batalla. Queriendo Villeneuve poner su responsabilidad á cubierto, reunió al instante un consejo de guerra don-

(4) «Mi primera obligación fué disponer un armamento grande y vigoroso. Este fué realizado, ó por mejor decir improvisado en menos de tres meses. Treinta navíos se aparejaron en tan corto plazo, y para gloria de aquel tiempo, todo aquel armamento y el que se siguió aumentando siempre fué surtido cumplidamente por nuestros almacenes y depósitos; nada pedí del extranjero. Nuestras tripulaciones se pusieron al completo sin necesidad de levar ni violencias; hervía el honor y el ansia de vengarse hasta en los más oscuros marineros.»

Y en otra parte:

«Cuáles fuesen los jefes elegidos, cuál su merecimiento, cuál su inteligencia, cuál su valor y su desprecio de la vida, cuál su franca y noble cooperación con los franceses, no necesita España referirlo, porque las relaciones extranjeras sobre aquellos héroes españoles han excedido en mucho sus alabanzas de las nuestras; las francesas más que todas.» (Memorias del príncipe de la Paz, págs. 84 y 86, t. IV.)

¿A quién creer, al príncipe ó á Thiers? ¡Que así nos denigren los franceses, mientras que ahora y siempre requirieron nuestra amistad descendiendo para conseguirla á toda suerte de humillaciones y de bajezas!... ¡Qué desvergüenza! (N. del T.)

de los oficiales más bizarros de ambas escuadras declararon estar prontos y dispuestos á seguir en todo y por todo la voluntad del emperador Napoleón; pero que salir tan de repente contra el enemigo estando la mayor parte de las naves tan mal acondicionadas, era en su sentir una temeridad de las más arriesgadas; que si la armada, apenas fuera de la rada y con muy pocas horas de maniobra, llegaba á tropezar con una escuadra inglesa de iguales ó mayores fuerzas, irremisiblemente sería destruída; que lo más acertado era esperar una ocasión propicia; tal por ejemplo como un desmembramiento de las fuerzas inglesas á virtud de una causa cualquiera, y entretanto que esto pudiera ocurrir, tratar de completar la organización de los últimos bajeles armados.

Villeneuve transmitió á París esa resolución del consejo, dando por separado el suyo, reducido á que era un desacierto el empeñar una batalla formal en el estado en que se encontraban las dos marinas, documento inútil, enviado como de intento para que más resaltara su tranquila resignación, puesto que añadía en él que estaba decidido á darse á la vela en cuanto el primer viento Este le permitiese sacar de aquella bahía las escuadras.

Era preciso alejarse de Cádiz á toda costa, y tras ese momento tan apetecido andaba impaciente Villeneuve. Iba por fin á verse cara á cara con ese terrible Nelson, cuya sombra le parecía ocupar la vastedad de todos los mares, habiéndole impedido el desempeño de la misión más importante que cupo en la humana inteligencia, por temor de dar con ese espantoso fantasma; y ahora... ya no teme la presencia de tal adversario, aunque más de temer sea que nunca, pues la desesperación está destrozando su alma, se complace en los peligros y apetece su ruina, que en ella está la prueba de la razón con que él había atendido á evitar todo lance con la marina británica.

Nelson, después de haber visitado por muy poco tiempo las costas de la Gran Bretaña, se alejó de ellas para no volver á verlas jamás, dando vela para Cádiz. Llevaba consigo una de las escuadras que el almirantazgo británico había reunido en el canal de la Mancha para oponerse á los proyectos de Napoleón, proyectos que él había penetrado dos años antes; y como la voz general en el Océano fuera que Villeneuve había regresado á la parte extrema de la península, natural fué que Nelson se dirigiese hacia Cádiz.

Las fuerzas de ese almirante eran con corta diferencia iguales á las que mandaba Villeneuve, esto es, treinta y tres á treinta y cuatro velas, pero todas ellas con la experiencia de un largo ejercicio en los cruceros, y á más de eso con la ventaja que lleva siempre sobre la armada bloqueada, como lo era la franco-hispana, la armada que forma el bloqueo. Perfectamente instruído de todos los preparativos de la escuadra enemiga por espías españoles, y cierto por lo mismo de que en breve se le había de venir á las manos el almirante Villeneuve, con el mayor esmero vigilaba todos los movimientos de éste, mientras que por otra parte daba á todos sus oficiales unas instrucciones que no fueron conocidas sino más tarde, y eso para asombro y admiración de todos los marinos.

Ordenóles á todos ellos su método favorito, pero cui-

dando de circunstanciarle para que todo el mundo pudiese apreciar las razones. «El formar en línea, decía él, ocasiona una pérdida de tiempo considerable, porque no todos los bajeles ceden con igual docilidad al empuje del viento, y contra ese inconveniente ningún otro remedio habría sino el que toda la escuadra arreglase sus evoluciones sobre los buques menos veleros. No otra cosa pudiera apetecer el enemigo que quisiese rehúsar la batalla, porque sobrado tiempo le quedaría para huir el cuerpo, y aquí lo que conviene es que la armada franco-hispana caiga en nuestro poder ya que la ocasión nos la trae á la mano.» Nelson suponía que Villeneuve tenía consigo la división Lallemand, y quizá la de Cartagena también, con lo cual compondrían su escuadra cuarenta y seis navíos; mas contaba igualmente con que en cuarenta se pondría la suya, dado por supuesto el arribo del refuerzo que se le tenía prometido, y cuanto mayor fuera el número de bajeles de que él viniera á disponer, menos inclinado se sentía á ponerlos en línea. Lo que hizo fué determinar la formación de dos columnas, una de ellas puesta á sus inmediatas órdenes y la otra bajo el mando del vicealmirante Collingwood, las cuales debían arrojar impetuosamente sobre la línea enemiga, sin observar más orden que el de la velocidad para romper aquella línea en dos mitades, envolverlas, cogerlas entre dos fuegos y destruirlas. «La parte de la escuadra enemiga que os quede fuera de tiro, decía él á sus oficiales, apoyado en las numerosas experiencias del siglo, con dificultad podrá concurrir á defender la atacada, y en todo caso tiempo os dará para rendirla antes que posible le sea el favorecerla.» Imposible es prever con mayor sagacidad ni acierto las consecuencias de una maniobra semejante, y Nelson puso gran cuidado en que de antemano se grabase en el ánimo de todos sus subalternos, esperando después tranquilo la ocasión de realizarlas. Aun tuvo la advertencia de no estrechar demasiado el bloqueo de Cádiz, á fin de no infundir al enemigo mayores temores; así es que sólo con algunas fragatas vigilaba la bahía, mientras que él con sus navíos se paseaba en la espaciosa embocadura del estrecho cumpliendo bordadas del Este al Oeste muy aparte del alcance de vista de las costas.

Sabedor al cabo de que Villeneuve no tenía consigo la división de Lallemand ni la de Salcedo, sin temor ninguno dejó cuatro de sus naves en Gibraltar, poniendo otra á disposición del almirante Cálder, cuyo regreso á Londres acababa de ordenar el gobierno inglés (1), y enviando otra más todavía para que hiciera aguada en Gibraltar. En cuanto esas noticias llegaron á Cádiz, más y más se afirmó Villeneuve en su resolución de hacerse á la vela. Estaba en que las fuerzas inglesas eran mucho mayores, suponiéndolas de treinta y tres á treinta y cuatro navíos, y le sirvió de mucha satisfacción el saber que no eran tantas; aun fué hasta figurarse que sólo constaban de veintitrés á veinticuatro, cuando en realidad eran más (2).

Ese era el estado de las cosas cuando llegaron á Cá-

(1) Para que diese cuenta ante el consejo de guerra de su conducta en el combate naval del 23 al 24 de julio con las escuadras combinadas, conducta que mereció la reprobación de aquel consejo, como la mereció el almirante Villeneuve negándose á favorecer el heroísmo con que lidiaban el *San Rafael* y el *Firme*; pero era su protector el ministro Decrés. (N. del T.)

(2) Veintisiete cuenta el príncipe de la Paz. (N. del T.)